

ESCENAS DEL DEBATE CULTURAL LATINOAMERICANO EN LOS AÑOS SESENTA: ENCUENTROS Y REVISTAS EN LA CUBA REVOLUCIONARIA*

<http://dx.doi.org/10.11606/issn.2237-1184.v0i29p33-51>

Matías Marambio de la Fuente
Universidad de Chile (UChile)
Universidad Alberto Hurtado (Chile)

RESÚMEN

El artículo realiza un análisis y descripción de las dinámicas del debate en el campo de la cultura latinoamericana durante los años sesenta enfocándose en Cuba. El objetivo del ensayo es ofrecer algunas apreciaciones sobre la práctica de la discusión en su desarrollo histórico en medio de un contexto continental de alta politización y de transformación en las lógicas internas de las distintas esferas de la producción cultural. Bajo el impulso de radicalidad que emana desde la experiencia cubana, los intelectuales de América Latina se dieron cita en la isla al menos por dos vías: en el ámbito de la cultura impresa y de forma presencial. Tras hacer una caracterización del campo intelectual cubano post-revolucionario y sus cruces con la política, me concentro en las modalidades y temas de la controversia cultural a partir del análisis de la revista *Casa de las Américas*. Sostengo que en su experiencia editorial puede observarse un proceso de politización de la cultura que busca mantener un balance entre la participación dentro de la actividad revolucionaria y la utilización de códigos modernos para la creación estética.

ABSTRACT

This paper analyses and describes the dynamics of debate within the field of Latin American culture during the 1960s, with a focus on Cuba. The essay's aim is to offer some appreciations on the practice of discussion in its historical development in a continental context of high politicisation and of profound transformation of the inner logic of different spheres of cultural production. Following a radical drive that emanated from the Cuban experience, Latin American intellectuals met in the island at least in two ways: in print culture and face to face. After characterising the intellectual field of post-revolutionary Cuba and its intersections with politics, I concentrate on the forms and topics of cultural controversy by analysing the cultural journal Casa de las Américas. I suggest that in its editorial experience we can observe a process of cultural politicisation that seeks to uphold a balance between the participation in revolutionary activity and the use of modern codes for aesthetic and intellectual activity.

PALABRAS-CLAVE:

Debates;
campo cultural;
Casa de las Américas;
congresos
intelectuales.

KEYWORDS

Debates;
cultural field;
Casa de las Américas;
intellectual conferences.

* El presente texto es parte de mi investigación doctoral "Comunidad en la polémica. Debates de la crítica cultural latinoamericana en los años sesenta: prácticas intelectuales, conceptos y estrategias retóricas", financiado por el programa de becas de doctorado nacional de CONICYT.

El estudio de los vínculos entre cultura y política en América Latina durante los años sesenta ha sido un campo de fértil desarrollo en las últimas décadas. Textos como el de Claudia Gilman¹ demarcan un conjunto de preguntas que se dan cita una y otra vez en la investigación sobre la década: ¿cómo se expresa la radicalización política en el ámbito de la cultura? ¿Qué estrategias despliegan los intelectuales latinoamericanos para intervenir en las luchas revolucionarias animadas por el ejemplo de la Revolución cubana? ¿Cómo se enfrentan las respuestas autoritarias y represivas de las dictaduras militares instaladas hacia mediados de la década? ¿Qué relaciones se establecen entre la vanguardia política y la vanguardia estética? ¿Cómo inciden los nuevos medios de masas en la producción cultural del período? ¿De qué manera responden los conflictos locales a una realidad regional y global marcada por la tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética? Este ensayo tiene por finalidad aportar a una amplia línea de pesquisa desde una perspectiva específica: el estudio de las prácticas intelectuales. Para ello, he elegido concentrarme en algunos de los aspectos sociales de la vida cultural, aquellos que conforman la trama que vuelve posibles los intercambios entre agentes de un campo. Se trata al mismo tiempo de un quehacer tangible y simbólico, actual y virtual, que constituye a los intelectuales como un grupo social con una ocupación definida. Una de estas ocupaciones es el debate colectivo, la confrontación de posturas frente a las temáticas del mundo de la cultura, en sentido estricto, y de su contexto socio-político. Podría decirse que este pronunciamiento frente a hechos de relevancia colectiva es una suerte de *Urszene* de la historia de los intelectuales en el mundo occidental. El caso Dreyfus parece instaurar una tradición que equipara la acumulación de capital simbólico con la presencia pública de los intelectuales a partir de su intervención frente a asuntos contingentes.²

Para efectos de este ensayo, estudiaré la práctica del debate en la esfera de la cultura a partir de su desarrollo en el ámbito de las publicaciones (concretamente, en la revista *Casa de las Américas*). La hipótesis que guía mis reflexiones es que en ambos niveles puede observarse la politización de actividades definidas por la coexistencia de

¹ GILMAN, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Dilemas y debates del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2012 [2003].

² ALTAMIRANO, Carlos. *Intelectuales. Notas de investigación para una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2013, p.20.

opiniones — a veces más y a veces menos contenciosa —.³ Sin embargo, este vínculo con lo que podemos denominar como política ocurre de varias maneras e involucra a distintos actores. Examinaré algunos cambios en el orden temático — los ejes del debate — y conceptual — las categorías desplegadas — que involucran a un conjunto de escritores, críticos y artistas de América Latina (y, en ocasiones, de Europa) que se dan cita en Cuba. En el nivel editorial, debatir les sirve a sus practicantes para pronunciarse sobre la política desde su particularidad como grupo productor de artefactos simbólicos. Dichas instancias son, también, una expresión de las transformaciones políticas generales que experimentan las sociedades latinoamericanas de los sesenta. En ellas se expresa el deseo de cambio radical con un lenguaje que también se hace eco de la modernización en el ámbito de los procedimientos y códigos de la creación estética. Durante ese proceso se produjo una “tercermundialización” del horizonte de sentido del trabajo intelectual, una caracterización del subdesarrollo y sus expresiones culturales y un combate contra las acciones de “penetración imperialista”. Los desacuerdos entre intelectuales refirieron, muchas veces, a las distintas articulaciones entre lo político y lo cultural, antes que a la defensa exclusiva de *un solo* tipo de producción cultural (esto es, de una sola estética). Sugiero que la revista *Casa de las Américas* funcionó como una instancia en la que se intentó combinar múltiples aspiraciones de radicalidad, con resultados cuya eficacia fue puesta en tela de juicio por los acontecimientos que cierran la década, pero que no por ello debieran descartarse como impertinentes. Trabajaré estos argumentos de la siguiente forma: primero ofrezco una breve caracterización de las relaciones entre política y cultura en la Cuba de los sesenta; en un segundo apartado reviso la experiencia de la revista *Casa de las Américas* en su dimensión institucional; y, en un tercer apartado, analizo sus aportes a la práctica del debate cultural a partir de dos publicaciones que registran encuentros presenciales

1. Cuba: intelectuales, revolución y cultura

El triunfo de la Revolución cubana en 1959 constituye un umbral en las relaciones entre la esfera intelectual y la política. Dentro de un contexto de

³ Sigo aquí, en parte, la genealogía de la esfera pública que se ha realizado para el caso de la modernidad europea, que destaca la pluralidad de opiniones como parte de su aparición. Ver HABERMAS, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili, 2009; EAGLETON, Terry. *La función de la crítica*. Barcelona: Paidós, 1999. Aquí Eagleton basa parte importante de su argumento en HOHENDAHL, Peter Uwe. *The Institution of Criticism*. Ithaca: Cornell University Press, 1982. Para el caso latinoamericano ver GUERRA, François-Xavier; LEMPÉRIÈRE, Annick (eds). *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas, siglos XVIII-XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

Guerra Fría marcado por el autoritarismo, la intervención extranjera y las percibidas limitaciones de la política de izquierda de los partidos comunistas y socialistas, la experiencia guerrillera ofrece un modelo alternativo para la transformación social radical. La proyección que el proceso revolucionario tuvo en el mundo de la izquierda abarcó tanto a la región latinoamericana como a amplios segmentos de lo que se entendía como el “mundo occidental”, esto es, Estados Unidos y los países europeos que no integraban el bloque socialista.⁴ En muchos ámbitos, la Revolución cubana fue experimentada como un quiebre completo con el orden precedente, y lo cierto es que sus primeros momentos –incluso en la lucha armada– estuvieron más definidos por sus características negativas que por las afirmativas: un movimiento *contra* Fulgencio Batista y *contra* la hegemonía de los EEUU sobre la isla. La flexibilidad ideológica demostrada por la dirigencia del Ejército Rebelde, en especial por la conducción que Fidel Castro impuso al Movimiento 26 de Julio (M26). Ello se explica, en parte, por la cobertura internacional recibida por los rebeldes, apuntalada por reporteros como Herbert Matthews, quienes contribuyeron a ampliar el campo de operaciones semánticas en el cual los revolucionarios podían moverse: “Matthews sostenía que los revolucionarios cubanos se autodenominaban ‘socialistas’, término que el periodista traducía como una mezcla de ‘nacionalismo’ – en el sentido ‘antiyanqui’ que el adjetivo adoptaba en América Latina –, ‘radical’, ‘democrático’ y ‘anticomunista’”.⁵

El rechazo categórico a la Cuba de Batista se amplió a una crítica profunda a la historia republicana de Cuba, particularmente dura en el caso de la vida cultural. Así, en 1966, el cubano Lisandro Otero envía una carta al escritor mexicano Emmanuel Carballo en la que reflexiona sobre las condiciones sociales previas y posteriores a la revolución. Su lectura de la sociedad republicana es la de un vacío y una precariedad que impedía cualquier conformación relativamente autónoma de la vida cultural. Por una parte, la clase dominante era una “una casta de administradores de propiedades cuyos verdaderos dueños estaban en oficinas de New York o Washington”.⁶ Acto seguido, enfatiza la carencia de una creación cultural de esa clase dominante, en gran medida debido a su carácter dependiente y colonial, su debilidad como clase: “No existían, por tanto, escritores de la

⁴ Los casos más estudiados han sido Estados Unidos, Francia y el Reino Unido. Ver: GOSSE, Van. *Where the boys are: Cuba, cold war america and the making of the new left*. London: Verso, 1993; ARTARAZ, Kepa. *Cuba and western intellectuals since 1959*. New York: Palgrave Macmillan, 2009; NEUNER, Thomas. *Paris, Havanna und die intellektuelle Linke. Kooperationen und Konflikte in den 1960er Jahren*. Konstanz: UVK, 2012; ROJAS, Rafael, *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.

⁵ ROJAS, 2016, p. 44.

⁶ OTERO, Lisandro. “El escritor en la Revolución cubana”. *Casa de las Américas* 36-37, mayo-agosto 1966, p. 203.

burguesía porque no existía una cultura burguesa ni un mercado para la cultura. La clase social dominante no era reflejada en nuestra literatura”.⁷ Bajo tales condiciones, para Otero tampoco podía hablarse de una producción cultural autónoma, pues no existían las instituciones que permitieran una dedicación especializada para la literatura: “Nos veíamos forzados a acudir a la cátedra, al periodismo, al radio, a la televisión para poder subsistir. Las editoriales solo publicaban libros de texto que eran los únicos que proporcionaban una entrada segura y cuantiosa”.⁸

Sin embargo, es necesario matizar esta apreciación. La intelectualidad cubana no parte desde cero en 1959. Por un lado, hay varios intelectuales que se desempeñaron durante el período pre-revolucionario y que se quedaron en Cuba, sobre todo figuras ligadas a la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo y también del circuito literario de *Orígenes* y *Ciclón*. Existe hoy un reconocimiento de la importancia de la actividad intelectual previa al triunfo revolucionario, en especial de aquella facción que, oponiéndose al régimen de Batista, no se embarcó en el proceso de radicalización de la década de los sesenta.⁹ Existe, también, un espacio de publicaciones impresas que anteceden a la revolución y que sufren variadas mutaciones. Algunas de ellas son de orientación política, como *Hoy*, órgano del Partido Socialista Popular (PSP), y otras son de corte magazinesco, como *Bohemia*.¹⁰ Al mismo tiempo, la caída de Batista produce un efecto centrípeto que atrae a intelectuales, escritores y artistas que se encontraban “exiliados” o “expatriados” a causa de la precariedad cultural que veían en Cuba o, directamente, por motivos políticos. Es el caso de Roberto Fernández Retamar, quien eventualmente dirigirá revista *Casa de las Américas*, de Edmundo Desnoes, Antón Arrufat y Pablo Armando Fernández, escritores que participan del suplemento cultural *Lunes de Revolución*.

Dentro de este contexto, es importante señalar que la Revolución cubana no tiene una política cultural prescriptiva, definida previamente a la toma del poder en 1959. Como mencionó Fidel Castro en 1961: “Nosotros no tuvimos nuestra conferencia de Yenan con los artistas y escritores cubanos durante la Revolución”.¹¹ Puede explicarse esta indefinición como

⁷ OTERO, Lisandro. *Op. cit.*, p. 203.

⁸ *Idem, ibidem*, p. 204.

⁹ IBER, Patrick. *Neither peace nor freedom. The cultural Cold War in Latin America*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2015, pp. 116-131; ROJAS, Rafael. “Anatomía del entusiasmo. Cultura y revolución en Cuba (1959-1971)”. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX. Carlos Altamirano (dir.). Buenos Aires: Katz, 2010, pp. 372-394.

¹⁰ Un recuento de publicaciones cubanas activas en los sesenta que incluye a varias revistas y periódicos fundados antes de 1959 puede verse en PÉREZ, Liliana Martínez. *Los hijos de Saturno. Intelectuales y revolución en Cuba*. México: FLACSO/Porrúa, 2006, pp. 16-17.

¹¹ CASTRO, Fidel. *Palabras a los intelectuales*. La Habana: Casa Editora Abril, 2007, p. 9. Algunos de los textos que abordan de forma panorámica las relaciones entre cultura y política en Cuba

una consecuencia de los aspectos orgánicos de los actores políticos que intervienen en la revolución. Una de las características de la experiencia cubana es la inexistencia de un partido revolucionario único previo a la toma del poder; por el contrario, el proceso que va desde la caída de Batista hasta la formación del Partido Comunista de Cuba (PCC) tiene varios hitos organizativos que toman la forma de una convergencia entre las fuerzas revolucionarias.¹² Por lo tanto, existe un cierto grado de “improvisación” en la creación de nuevas instituciones y la reorientación de espacios culturales previos. Los dos ejemplos más claros de las instituciones nuevas, creadas en 1959 y que representaron la mirada cultural revolucionaria hacia el resto de América Latina, fueron el Instituto Cubano de Industria y Arte Cinematográficos (ICAIC) y la Casa de las Américas, dirigidas respectivamente por Alfredo Guevara y Haydée Santamaría, dos miembros del M26.

La inexistencia de un programa cultural antes del triunfo de la revolución no significa, sin embargo, que no se hubiese desarrollado una política cultural durante los años sesenta o que los intelectuales cubanos no tuviesen ideas sobre la articulación entre cultura y política. Por el contrario, quienes se encontraban vinculados al PSP, como Juan Marinello, José Antonio Portuondo, Edith García Buchaca o Mirta Aguirre fueron activos promotores culturales del PSP durante las décadas previas. Desde los medios culturales del partido difundieron una concepción de la cultura marcada por una mirada clasista, recelosa de los procedimientos experimentales y partidaria de un arte que privilegiara la colectividad por sobre lo individual. En palabras de Alina López Hernández: “El sectarismo del Partido Comunista afectó las relaciones con una parte significativa de la intelectualidad no marxista y también con escritores y artistas que militaban en esa organización”.¹³ La fricción entre los comunistas del PSP y el resto de los actores en el campo cultural cubano, especialmente aquellos recientemente incorporados a las filas de la revolución, tuvo varias expresiones durante el primer lustro de los sesenta, y se expresó – por primera vez – en la confrontación que suscitó la exhibición del corto *PM*, vinculado al grupo de *Lunes de Revolución*. El episodio derivó en la exclusión de la obra de los cines nacionales por parte del ICAIC y fue el

durante los sesenta son: PÉREZ, Martínez. *Op.cit.*, pp. 23-68; SABORIDO, Emilio José Gallardo. *El martillo y el espejo: directrices de la política cultural cubana (1959-1976)*. Madrid: CSIC, 2009; MISKULIN, Sílvia Cezar. *Os intelectuais e a política cultural da Revolução (1961-1975)*. São Paulo: Alameda, 2009, pp. 29-85.

¹² PAZ, Juan Valdés. *La evolución del poder en la Revolución cubana*. Tomo I. México: Rosa Luxemburg Stiftung, 2018, pp. 47-51.

¹³ HERNÁNDEZ, Alina López. *Segundas lecturas. Intelectualidad, política y cultura en la república burguesa*. Matanzas: Ediciones Matanzas, 2013, p. 119. Este ensayo de López Hernández es explícito en su vocación por interrogar el mundo cultural cubano pre-revolucionario.

elemento disparador de una serie de reuniones de intelectuales en la Biblioteca Nacional.¹⁴

Con la intervención de Castro en la Biblioteca Nacional, conocida como *Palabras a los intelectuales*, se marca uno de los hitos constitutivo de las relaciones entre cultura y política en Cuba. Ella ha servido hasta hoy como una vara de medida para las discusiones sobre temas culturales dentro de la isla (y también fuera de ella). No tengo me detendré en un análisis profundo de esa intervención¹⁵, por lo que me limitaré a señalar y comentar la consigna que sirvió para estructurar las intervenciones políticas de la esfera cultural cubana y que se ha transformado en una suerte de mantra ideológico.¹⁶ Frente a la pregunta por el derecho a la libertad de expresión y la posible imposición de una estética oficial, Castro es categórico: “[...] dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir”.¹⁷ Así se instituye un espacio amplio y en principio no sectario, similar al espíritu que animaba el proceso de convergencia de las fuerzas políticas de la revolución: “El programa resumido en aquel apotegma resultaba amplio e indefinido, salvo que se anteponía el criterio de la revolución a cualquier otro y, naturalmente, todo dependía de saber qué o quién abogaría por esa revolución cuyos derechos eran considerados máximos”.¹⁸ Eso permitió mantener la unidad entre sectores heterogéneos, con distintas miradas sobre el futuro (y el pasado) de la cultura cubana. La forma de esta coexistencia fue la de una heterodoxia en términos ideológicos y estéticos, una apertura a lenguajes artísticos experimentales para la creación y un lugar para lo político que no estaba predefinido. Pero, al mismo tiempo, varios agentes a cargo de las instituciones culturales fueron parte de la intelectualidad del PSP. Por caso, el Consejo Nacional de Cultura tuvo entre sus integrantes a García Buchaca y Aguirre, la Unión de Escritores y

¹⁴ Para un recuento de los hechos, con un énfasis en la disputa por la exhibición de la película, ver: RIVERA, Guillermo Rodríguez. *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución cubana)*. La Habana: Ojalá, 2017, pp. 47-61. En rigor, la disputa se produjo entre el ICAIC y el grupo de *Lunes de Revolución*, por lo que intervención de la esfera de influencia del PSP es indirecta.

¹⁵ Un análisis riguroso es el de Par Kumaraswami, “Cultural Policy and Cultural Politics in Revolutionary Cuba: Re-reading the *Palabras a los intelectuales* (Words to the Intellectuals)”, *Bulletin of Latin American Research* 28/4, 2009, pp.527-41.

¹⁶ “Sacado de su contexto y en manos de toda clase de hermeneutas y exégetas circunstanciales, ese versículo de las que en adelante serían conocidas como ‘Palabras a los intelectuales’ daría muestras de una extraordinaria polisemia que le permitiría ser el principio rector reconocido por los sucesivos períodos y tendencias en lucha”. NAVARRO, Desiderio. “*In medias res publicas*: Sobre los intelectuales y la crítica social en la esfera pública cubana”. *Las causas de las cosas*. La Habana: Letras Cubanas, 2006, pp. 8-9.

¹⁷ CASTRO, 2007, p. 16.

¹⁸ GILMAN, 2012, p. 195.

Artistas de Cuba (UNEAC) fue presidida por Guillén y la Universidad de La Habana tuvo a Juan Marinello como rector.

Podrían señalarse dos hitos adicionales en la articulación de cultura y política durante los años sesenta en Cuba. Uno viene a dispersar las ansiedades que provocaba la virtual equiparación de cultura revolucionaria con la estética del realismo socialista, y corresponde al texto “El socialismo y el hombre en Cuba”, de Ernesto Che Guevara.¹⁹ Las reflexiones de Guevara son amplias e involucran una mirada sistemática sobre las etapas del proceso revolucionario, el carácter de la vanguardia, los cambios que debe realizar el proceso revolucionario sobre el plano subjetivo, entre varios temas. Sin embargo, un pasaje en particular resultó estratégico para aquellos sectores que se oponían a una comprensión estrecha – en lo estético – de la libertad de expresión que se infería de las *Palabras a los intelectuales*. Tras argumentar a favor de la centralidad de los estímulos morales y los cambios en la esfera del trabajo, la técnica y la producción, el guerrillero entra en la pregunta por la creación artística dentro del proceso revolucionario a partir de las confusiones que suscitan las herencias de un pasado social burgués. Para ello compara la experiencia de otros países que atravesaron por una revolución socialista, en los cuales la búsqueda compensación ideológica de las estéticas defendidas por quienes desertaron de la revolución – o, más aún, por quienes se oponen a ella –, llevó a la promoción dogmática de ciertos parámetros formales, todo a título de la defensa de los intereses del pueblo y de su educación. La frase decisiva en el rechazo de esta política es la siguiente:

Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.²⁰

Una autoridad política como Guevara, pronunciándose de forma clara y ácida contra el burocratismo artístico, era una señal clara a favor de quienes abogaban por mantener el tándem de compromiso revolucionario y experimentación formal; o, dicho de otro modo, el bando de quienes

¹⁹ GUEVARA, Ernesto. “El socialismo y el hombre en Cuba”, *Fuentes de la cultura latinoamericana*. Tomo 1, Leopoldo Zea (comp.) México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 321-33.

²⁰ *Idem, ibidem*, p.329. Unas líneas más arriba, Guevara inscribe esta solución en las confusiones que acosan a una revolución en sus primeros momentos, a la vez que plantea la escisión entre cuadros políticos y cuadros artísticos (“No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria”). El fenómeno involucra, por lo tanto, la estructura misma de la acción política y reconoce su separación de la cultura en términos de las fuentes de legitimidad – su autonomía relativa –, aun cuando ello no impide privilegiar a un término por sobre otro en última instancia.

rechazaban de plano la virtual imposición del realismo socialista. Así lo estimaba a inicios de 1967 Fernández Retamar, aun cuando detectaba también en la intervención de Guevara una distancia crítica respecto de un formalismo desencajado de los cauces revolucionarios.²¹

El segundo hito de la política cultural cubana en el período revolucionario no es, propiamente, un solo acontecimiento.²² Los primeros meses de 1971 presencian un encadenamiento de sucesos que luego serían leídos como las señales del endurecimiento de las relaciones entre políticos e intelectuales, de los cuales se destacan la detención de Heberto Padilla y Belkis Cuza Malé (a fines de marzo) y la realización de Congreso Nacional de Educación y Cultura (a fines de abril). Ambos momentos tuvieron una importante proyección internacional y fueron ampliamente leídos por sus coetáneos en términos del dogmatismo, la cerrazón política y la ortodoxia en términos culturales.²³ Con la imposición de las políticas que posteriormente Ambrosio Fornet designaría como el “quinquenio gris” se produjo un quiebre de confianzas entre el mundo de la cultura y la dirigencia revolucionaria cubana, tanto en el plano nacional como en el internacional.²⁴

2. *Casa de las Américas*: una revista cultural para América Latina

Antes de analizar la práctica del debate en la revista *Casa de las Américas*, creo necesario ofrecer algunas informaciones mínimas para situar su trabajo.²⁵ La revista se funda en 1960 y existe hasta el día de hoy como una iniciativa inserta en la institución del mismo nombre, cuyo objetivo era proyectar culturalmente a la Revolución cubana a otros países latinoamericanos, con tal de evitar los efectos del aislamiento diplomático tendido sobre la isla.²⁶ Durante la década de los sesenta tiene dos grandes momentos institucionales: hasta 1965 es dirigida por Antón Arrufat y,

²¹ RETAMAR, Roberto Fernández. “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba”. *Casa de las Américas* 40, enero-febrero 1967, p. 13.

²² El estudio más completo sobre este proceso es el de Jorge Fornet, *El 71. Anatomía de una crisis*. La Habana: Letras Cubanas, 2013.

²³ Para un análisis de las reacciones a la detención de Padilla, ver GILMAN, 2012, pp. 233-63. Un análisis contemporáneo clave es el de Ángel Rama, “Cuba. Nueva política cultural”. *Cuadernos de Marcha* 49, mayo 1971.

²⁴ FORNET, Ambrosio. “El Quinquenio Gris: Revisitando el término”. *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión*. Centro Teórico-Cultural Criterios. La Habana: Centro Teórico-Cultural Criterios, 2008, pp. 25-46. Fornet denomina de esta forma el período entre los eventos de inicios de 1971 y la creación del Ministerio de Cultura, con Armando Hart a la cabeza, en 1976.

²⁵ Los párrafos que siguen son una síntesis de dos de los textos principales sobre revista *Casa de las Américas*: LIE, Nadia. *Transición y transacción. La revista cubana Casa de las Américas (1960-1976)*. Gaithesburg/Leuven: Hispamérica/Leuven University Press, 1996), y, WEISS, Judith. *Casa de las Américas: An Intellectual Review in the Cuban Revolution*. Madrid: Castalia, 1977.

²⁶ Cf. IBER, *Neither Peace nor Freedom*, 2015, pp. 131-2.

posteriormente, por Roberto Fernández Retamar. La revista también tiene algunos antecedentes editoriales que vale la pena mencionar, siendo los más importantes el vínculo de Arrufat con *Lunes de Revolución* y el de Retamar con la *Nueva Revista Cubana*. Tanto Arrufat como Retamar se relacionaron, también, con *Orígenes* y *Ciclón*, de manera más o menos directa, lo que permite reforzar la tesis de que la cultura cubana no sufre un quiebre radical o un replanteamiento desde cero a partir de 1959. Por el contrario, quisiera sugerir que *Casa de las Américas* es un punto más dentro de una historia más larga, un proyecto que se alimenta de experiencias editoriales previas – o contemporáneas, en el caso de *Lunes* – y que da forma a una revista de nuevo tipo en lo que respecta a su proyección internacional y su agenda temática.²⁷

Ante todo, la revista *Casa de las Américas* no es un boletín institucional, esto es, sus contenidos no son un mero registro documental de la vida del organismo, aunque recoge actividades organizadas por este. Ostenta un perfil centrado en lo literario durante sus momentos iniciales, pero de forma muy temprana se pronuncia sobre temas culturales, en sentido amplio, y también políticos. Muchos textos editados por revista *Casa* son ofrecidos por sus autores tras su paso por Cuba y la visita de rigor a la Casa de las Américas: conferencias, textos premiados en el concurso literario organizado desde 1959, declaraciones, actos. Sin embargo, existe una autonomía en lo relativo al funcionamiento de la publicación y que se expresa en una línea editorial que no es sectaria y que, a la vez, tiene un perfil propio. Esa línea editorial sigue, en parte, el derrotero de la misma revolución: un nacionalismo revolucionario que va tiñendo de marxismo, aunque este caso un marxismo heterodoxo, abierto a la valoración de las expresiones culturales modernas (y al diálogo cómplice con la izquierda no-marxista o no-comunista), preocupado por el rol de los intelectuales y comprometido con la lucha anti-imperialista y anti-colonial.

Bajo este marco, el ejercicio del debate se realiza en diferentes formatos, lo que da cuenta de una práctica editorial abierta al ensayo y error. Es posible identificar posicionamientos contenciosos en editoriales, cartas, secciones temáticas destinadas a presentar diferentes puntos de vista, encuestas y mesas redondas. La periodicidad bimensual de la revista

²⁷ Con la dirección de Retamar se consolida un comité de colaboración cuya primera forma había aparecido durante el período de Arrufat. El grupo es integrado por Mario Benedetti (Uruguay), Emmanuel Carballo (México), Julio Cortázar (Argentina), Roque Dalton (El Salvador), René Depestre (Haití), Edmundo Desnoes (Cuba), Ambrosio Fornet (Cuba), Manuel Galich (Guatemala), Graziella Pogolotti (Cuba), Ángel Rama (Uruguay), Mario Vargas Llosa (Perú), David Viñas (Argentina), Jorge Zalamea (Colombia). El comité realiza tres reuniones (1967, 1969 y 1971) antes de auto-disolverse. Otros nombres lo integraron también. Ver: CAMPUZANO, Luisa. "La revista *Casa de las Américas*: 1960-1995". *La revista Casa de las Américas: un proyecto continental*, Ambrosio Fornet y Luisa Campuzano. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2000, pp. 39-44.

hace difícil una respuesta rápida a los acontecimientos y, por lo tanto, obliga a sus editores a buscar otros mecanismos de intervención. Uno de ellos, de aparición muy temprana y adoptado con posterioridad en un formato más modesto, es la impresión de insertos para referirse a la contingencia, como lo demuestran dos hojas plegables sobre el asesinato de Lumumba (ver imagen 1) y con una reproducción de la “Declaración de La Habana” (el segundo y el cuarto número de la revista, respectivamente).

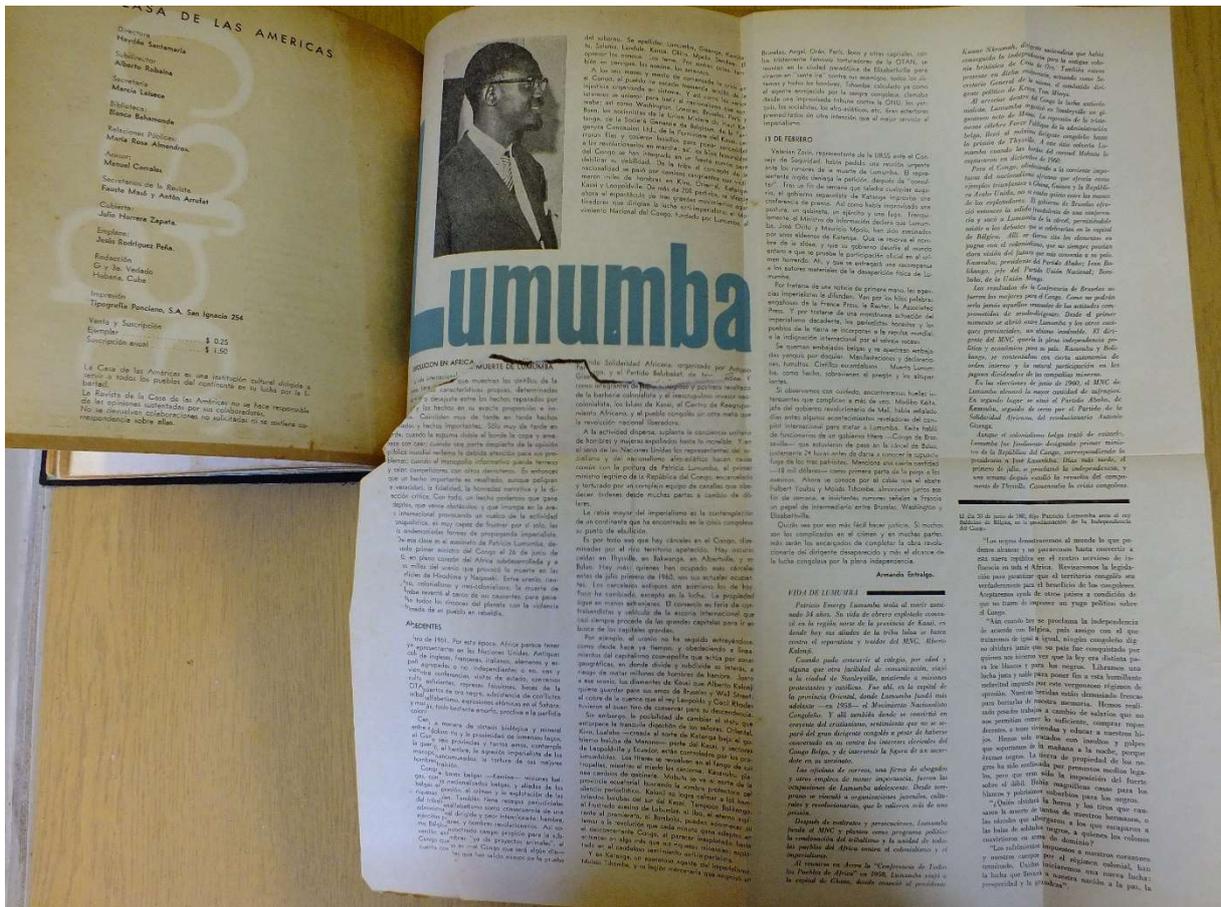


Figura 1: Inserto en el Nº2 de Casa de las Américas (1960) sobre Patrice Lumumba.

Con este ejemplo quisiera ilustrar que una revista siempre es más que los textos que publica, y que su relación con los hechos políticos no se da solamente en el plano ideológico. En el mundo editorial, el debate va más allá y más acá de los textos y sus argumentos. En sus páginas, la revista *Casa de las Américas* permite una confluencia discursiva que permite la elaboración de definiciones sobre el rol de los intelectuales y las relaciones entre cultura y política. Para ello recurre a ensayos monográficos como los

de Paul Baran sobre el compromiso intelectual²⁸ o dos de Roque Dalton.²⁹ O, también, a mesas redondas de funcionamiento más o menos abierto, del que mencionaré dos casos: una es el texto de 1964 titulado “Mesa sobre arte y literatura”³⁰, que consiste en una conversación entre intelectuales cubanos y estudiantes de EEUU, y otra es “Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad”³¹, una reunión entre intelectuales latinoamericanos en Cuba ocurrida en 1969 y que luego fue publicada por la revista *Casa* y reeditada por la editorial Siglo XXI en México.³²

3. Editar el debate: dos mesas redondas en *Casa de las Américas*

Quisiera ahora reflexionar sobre algunos aspectos de estos dos textos que permiten caracterizar la práctica del debate en su circulación en medios impresos. Lo primero se refiere a los contenidos. Si bien hay diversas posturas entre un momento y otro (1964/1969), que expresan también cambios en las condiciones socio-políticas de Cuba y América Latina, la temática (o *quaestio*) es común: la definición de los intelectuales, su rol dentro de los procesos revolucionarios, el tipo de estética que se corresponde con una revolución, los lineamientos de política cultural que debiera tomar un gobierno revolucionario, los valores que se salvaguardan dentro de la revolución (como la libertad de expresión). En parte esto se explica por la continuidad de algunos actores entre ambos eventos, como es el caso de Otero y de Retamar; otros, como Desnoes o Fornet se encuentran en una “esfera de influencia” de la intelectualidad cultural cubana producto de sus inserciones institucionales.³³ Ambos textos son el registro de discusiones presenciales y colectivas, lo que implica un proceso de mediación editorial en el que se requiere de la transcripción, revisión, corrección y diagramación de las intervenciones. Utilizar este formato es una manera de producir la colectividad y la polifonía que, asumimos, caracterizan la esfera pública moderna. Sin embargo, no se trata de la coexistencia de posiciones individuales que habitan el mismo espacio

²⁸ BARAN, Paul. “El compromiso del intelectual”. *Casa de las Américas* 7, julio-agosto, pp. 14-21.

²⁹ DALTON, Roque. “Poesía y militancia en América Latina”. *Casa de las Américas* 20-1, septiembre-diciembre 1963, pp. 12-20 y “Literatura e intelectualidad: dos concepciones”, *Casa de las Américas* 57, noviembre-diciembre, pp. 95-101.

³⁰ OTERO, Lisandro. Roberto Fernández Retamar; SUARDÍAZ, Luis; BLANCO, Juan. “Conversación sobre arte y literatura”. *Casa de las Américas* 22-23, enero-abril 1964, pp. 130-8.

³¹ DALTON, Roque; DEPESTRE, René; DESNOES, Edmundo; RETAMAR, Roberto Fernández; FORNET, Ambrosio; GUTIÉRREZ, Carlos María. “Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad”. *Casa de las Américas* 56, septiembre-octubre 1969, pp. 7-48. En mis referencias directas a este texto citaré según la numeración de la separata o sobretiro que se publica junto con el ejemplar para aumentar su circulación.

³² DALTON, Roque (et al). *El intelectual y la sociedad*. México: Siglo XXI, 1969.

³³ En el caso de Desnoes, pienso en su trabajo en la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR) y en el de Fornet, su participación en el ámbito editorial. Cf. PÉREZ, 2006, p. 25.

virtual y que, en virtud de ello, chocan o desarrollan relaciones de complicidad. Antes bien, el género crea su propia pluralidad de voces una vez que las contiene a todas dentro del mismo marco textual; las presenta en una secuencia en la cual el diálogo – o el dialogismo, para ser más preciso – es, simultáneamente, un efecto de la lectura y su supuesto.

La mesa de 1964 funciona como un buen ejemplo de escenificación del debate mediado por los dispositivos editoriales. Se trata, como dice el título, de una conversación entre cubanos y estadounidenses, por lo que el diferendo tiende a expresarse más bien en las respuestas que los cubanos ofrecen, en las cuales se hacen cargo de supuestos problemáticos en las preguntas de sus visitantes. Así parece ocurrir cuando se formula siguiente inquietud: “¿Se consideraría a un escritor contrarrevolucionario si presentara a una familia burguesa como buena?”, frente a lo cual Otero contesta: “Eso sería una concepción simplista que está fuera de consideración por nosotros. Sería un maniqueísmo idiota. El bien y el mal no están repartidos en estratos sociales”.³⁴ El tono agresivo se repite, más adelante, cuando una estudiante del grupo estadounidense indica que la Editora Nacional ha disminuido su selección de títulos: “Yo no sé de dónde ella ha obtenido información, pero creo que es exactamente todo lo que contrario de lo que ha dicho”.³⁵ A lo largo de todo el texto las respuestas de Otero insisten en la defensa cerrada de la Revolución cubana frente a potenciales cuestionamientos respecto de su historial en el ámbito de las libertades culturales.

Uno de los temas que aparece en el centro de las reflexiones ofrecidas por esta instancia peculiar de diálogo entre representantes de dos países ubicados en campos geopolíticos disímiles es el del tipo de cultura que se produce en el seno de la sociedad revolucionaria. Para ello tanto Retamar como Otero parten de un análisis de las condiciones de la creación del momento pre-revolucionario. Para Retamar:

No había una alta burguesía culta que tuviera a su servicio, digamos, escritores y artistas [...] Esta burguesía, que no era cubana ni norteamericana, era analfabeta en dos lenguas. En consecuencia, no sólo ignoraba la literatura norteamericana, sino también la literatura escrita en español. Y no existía un grupo de escritores que escribiera para esa burguesía, entre nosotros.³⁶

La consecuencia principal de este cuadro sería la inexistencia de un campo literario propiamente dicho, como apunta Otero en su texto de 1966. Por lo tanto, uno de los ejes discursivos de la mesa es la relación entre formas culturales y condiciones socio-políticas, bajo la ecuación de que el

³⁴ OTERO *et al*, “Conversación”, p. 131.

³⁵ *Idem, ibidem*, p. 135.

³⁶ *Id., ib.*, p. 131.

momento previo a la revolución sería aquel del subdesarrollo, el neocolonialismo y la desarticulación cultural. Con la toma del poder se produce lo que Otero designa como un “desencadenamiento de fuerzas”³⁷ en las masas populares, frente a lo cual se plantea el desafío de qué escribir y cómo escribir; esto es, ¿cuáles serían los criterios estéticos que debiesen primar en un sistema literario-cultural orientado hacia las grandes masas? Aquí Rematar reflexiona:

Esta es una cuestión extraordinariamente delicada. Escribir para las masas ¿en qué estado de desarrollo de las masas? Si, por ejemplo, las masas no saben leer, escribir para ellas es una falsedad, porque no saben leer. Yo vuelvo a citar esta idea marxista que me parece excelente: el hombre es, antes que nada, una posibilidad. Nosotros escribimos para la mejor de esas posibilidades.³⁸

La tesis instalada por el conjunto de la mesa que dialoga con los estudiantes de EEUU es que el hecho revolucionario no sólo es perfectamente compatible con la libertad de creación — que no existiría censura —, sino que su realización plena estaría en el maridaje de modernización estética y radicalidad política.³⁹ En algunos casos, como en la opinión del compositor Juan Blanco, existe una aspiración a servirse de todos los medios para la generación de nuevas obras, aun si ellos derivan de la experiencia de países modernos y occidentales. Para Blanco, las técnicas musicales no tienen “partido o patria. Todas ellas, dondequiera que hayan surgido, son patrimonio de la humanidad”.⁴⁰ Si existe algo así como una política cultural de la Revolución cubana sería este deseo de utilización de todas las vías disponibles para llegar a concretar la utopía de una sociedad más humanizada; la cultura revolucionaria por excelencia sería la combinación de una avanzada sobre el futuro y la transformación masiva del presente.

En 1969 el escenario cubano e internacional ha cambiado un tanto, y el optimismo irresistible que se lee en el texto de 1964 se ha reorientado a causa de varios factores, de los cuales destacaría dos. En primer lugar, los reveses de la lucha armada en el continente, en especial la muerte de Guevara, que provoca una reevaluación de la estrategia de la izquierda revolucionaria frente al percibido aumento en las respuestas represivas. El propio comité de colaboración de la revista *Casa* levanta este diagnóstico en la declaración que emana de su reunión de enero de ese año: “En la

³⁷ *Id., ib.*, p. 134.

³⁸ *Id., ib.*, p. 132.

³⁹ Juan Blanco refuerza este punto al comentar la experiencia de conciertos con públicos populares y su apertura a corrientes modernas (como Stravinsky). *Id., ib.*, pp. 133-4.

⁴⁰ *Id., ib.*, p. 134.

América Latina, ciertas vanguardias políticas tradicionales se han vuelto inoperantes; la lucha armada y la resistencia popular se enfrentan a una implacable represión. El imperialismo va abandonando sus maniobras reformistas y se encamina exclusivamente hacia una política de fuerza”.⁴¹ Un segundo orden de cambios remite al ámbito intelectual, y es la trayectoria dibujada por 1968, ese año que Gilman interpreta como “partido en dos”.⁴² A inicios de ese año se realiza el Congreso Cultural de La Habana, con la participación de más de 400 delegados de todos los continentes y, hacia los últimos meses, ocurre lo que ha sido identificado como el primer acto del caso Padilla: el conflicto en torno al premio otorgado por la UNEAC a *Fuera del juego*⁴³, poemario de Heberto Padilla. Otros acontecimientos, como el problemático –por ambiguo e inesperado– apoyo de Fidel Castro a la intervención soviética en Checoslovaquia, ayudaron a configurar un escenario marcado por incertidumbres y desconciertos en el ámbito de la intelectualidad latinoamericana de izquierda.

Así las cosas, me parece que las motivaciones para realizar el encuentro que luego se publica en el número 56 quedan enmarcadas en un deseo por clarificar posiciones y ofrecer líneas para la acción política en un momento que se experimentaba como confuso. Quizás por esto mismo el gesto es la reunión de un grupo que ya se encontraba vinculado por el trabajo en la revista. Se trata de un segmento de los miembros del comité de colaboración residentes en Cuba (faltan Galich, Otero y Pogolotti), con la adición del uruguayo Carlos María Gutiérrez (periodista cercano a los movimientos de guerrilla urbana). En su formato se trata de una transcripción de grabaciones que atraviesa un proceso de edición por parte de sus propios autores, por lo que el resultado es una especie mixta entre oralidad y escritura:

Con el texto de esas grabaciones frente a sí, cada cual volvió sobre sus palabras, añadió aquí o allá algo que más que haber dicho hubiera querido decir entonces, y hasta nos sugerimos mutuamente, discutiendo, aclaraciones o precisiones. El resultado es este intercambio de ideas, que esperamos que no parezca una mera yuxtaposición de ensayos, y cuyo texto final, por el trabajo en común, nos permite decir que, si bien muchas opiniones corren a cuenta de quien las expuso, implica en

⁴¹ “Declaración del comité de colaboración de revista *Casa de las Américas*”, *Casa de las Américas* 53, marzo-abril 1969, p. 3.

⁴² GILMAN, 2012, pp. 204-19.

⁴³ El *affaire* involucró también el premio concedido a *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat. Sin embargo, la posteridad ha relegado a la obra de Arrufat a un lugar secundario. El arresto de Padilla en 1971 y sus proyecciones internacionales en la época explican en parte este protagonismo.

algunos puntos centrales una elaboración colectiva, y se ofrece como un simple material para ulteriores discusiones.⁴⁴

Producto de la intervención sobre el texto se produce esta oscilación de lo individual y lo colectivo que, sin embargo, se resuelve más de forma coral. A diferencia de la mesa de 1964, aquí las opiniones son más claramente divergentes, y no hay una estructura de pregunta/respuesta que vaya marcando pautas. Tampoco se produce la división entre el campo de los intelectuales cubanos y los visitantes de EEUU. Más bien, la publicación funciona como un foro, una rueda de intervenciones que intentan un tipo de desarrollo orientado a la clarificación y al tratamiento de temas cada vez más específicos. Casi al final del texto, una intervención de Retamar explicita el punto: “Como era de desearse (y de esperarse), hemos pasado de ciertas cuestiones generales, que por supuesto era imprescindible clarificar, a otras concretas, específicas de nuestra tarea”.⁴⁵ Ausente una tabla que fije el camino, la propia conversación lleva a las referencias cruzadas e interrupciones que refuerzan tanto la evocación de coloquialidad como el sentido plural de la instancia.

Pero no es el formato la única diferencia entre los textos. También las temáticas evidencian un giro que es menester señalar. La pregunta por la política cultural de la revolución no desaparece por completo, pero se reorienta en términos de su perspectiva, pues ahora aparece bajo el signo de sus gestores, los intelectuales. “En estos momentos, cuando queremos plantearnos la relación entre el intelectual y la revolución, este problema se nos presenta casi en la forma de una pregunta: ¿es posible un intelectual fuera de la Revolución? [...], ¿es posible pretender establecer normas del trabajo intelectual fuera de la Revolución?”⁴⁶

Los términos que escoge Retamar en este cuestionamiento constituyen, en gran medida, los ejes en torno a los cuales gira el debate: la definición del rol de los intelectuales a partir del trabajo y la dicotomía dentro/fuera. Respecto de este último núcleo discursivo, se trata, al mismo tiempo, de una reactualización y relectura, por algunos participantes, de la frase de *Palabras a los intelectuales* (“Dentro de la revolución todo; contra la revolución, nada”)⁴⁷, mientras que también se reflexiona a propósito de las

⁴⁴ DALTON (et al), 1969, p. 1. El encuentro es el 2 de mayo de 1969 y el texto de presentación aparece firmado el 19 de mayo del mismo año. Algunos elementos estilísticos (como la expresión “para más señas”) me hacen suponer que es de Retamar.

⁴⁵ *Idem, ibidem*, p. 38. En otros momentos, Retamar y Gutiérrez refuerzan este interés meta-reflexivo del texto. Cf. *Id., ib.*, p. 19 y p. 21.

⁴⁶ *Id., ib.*, p. 1.

⁴⁷ Así aparece en Dalton, a propósito del problema de la integración de los intelectuales a la lucha popular: “El pueblo trabajador en revolución *permite* al aliado incorporado un margen de acción social que puede expresarse por ejemplo en la frase de Fidel: ‘con la Revolución todo; contra la Revolución, nada’. El pueblo trabajador en revolución permite a la pequeña burguesía revolucionaria que lo apoye y que comparta el honor de la construcción socialista”. Mientras

diferentes actuaciones entre intelectuales dentro y fuera de Cuba. Esto es, los participantes de la conversación reconocen la heterogeneidad de posiciones desde las cuales es posible la acción política: quienes se ubican en un país que ya ha experimentado una revolución, quienes pertenecen a sociedades que aspiran a la liberación y, por último, los intelectuales de los países industrializados. Las variadas percepciones del proceso revolucionario desde estas tres locaciones provocan ansiedades frente a la potencial confusión en la índole de los apoyos que pueda recibir la política cubana, como indican Desnoes, Gutiérrez o Depestre.⁴⁸ A causa de su desdoblamiento, el concepto de intelectual amplía sus alcances semánticos: *intelligentsia*, grupo dirigente u orientador, para Gutiérrez⁴⁹; figura de izquierda definida gramscianamente por su función, para Fornet⁵⁰; agentes de transformación subjetiva y de descolonización, para Depestre⁵¹; profesionales de la crítica, o incluso dirigentes revolucionarios, en las intervenciones de Retamar.⁵²

En medio de esa expansión conceptual, la comprensión de las tareas de los intelectuales a partir del *trabajo* sirve para aglutinar parte de la discusión. Por una parte, esto significa referirse a la ubicación de los intelectuales dentro de la estructura de clases, reactualizando parte de las sospechas en torno a su origen burgués. Bajo esa perspectiva, el concepto de transición sirve para mediar entre el momento pre-revolucionario y la integración a las tareas de construcción del socialismo, por cuanto la participación en las tareas revolucionarias permite que los intelectuales continúen ejerciendo una función crítica desde el interior del proceso político con miras a su fortalecimiento.⁵³ Ahora bien, en otro nivel, la reflexión sobre los intelectuales a partir del trabajo remite al punto de mayor desacuerdo en todo el texto: la especificidad del trabajo intelectual dentro de la revolución, con particular énfasis en la literatura. Aquí la intervención de Gutiérrez no parece suscitar mucho consenso, mira con sospecha el pluralismo formal (una especie de concesión que sirvió para la legitimación internacional del socialismo cubano) y manifiesta reservas en su valoración de la experimentación artística como aporte a las tareas revolucionarias.⁵⁴ Intervenciones de Fornet, Depestre y Retamar apuntan en un sentido que resulta, al menos, divergente, dado que insisten en buscar la nota específica de las colaboraciones culturales a la revolución.

tanto, Gutiérrez varía su citación: "Ya lo había dicho Fidel en 1961: 'Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada'" (cursivas mías). *Idem, ibidem*, p. 35 y p. 9.

⁴⁸ *Id., ib.*, p. 7, p.10 y p. 16.

⁴⁹ *Id., ib.*, p. 8.

⁵⁰ *Id., ib.*, p. 11.

⁵¹ *Id., ib.*, pp. 18-9.

⁵² *Id., ib.*, p. 21 y p. 32.

⁵³ *Id., ib.*, p. 21 y p. 23.

⁵⁴ *Id., ib.*, pp. 7-8 y pp. 28-31.

Para Retamar “la Revolución tiene todo el derecho a esperar que las hazañas extraordinarias que están ocurriendo encarnen de alguna manera en nuestro arte [...] A *nosotros*, como técnicos en esta materia, nos corresponde escoger o inventar la *forma concreta* en que se producirá esa encarnación”.⁵⁵

Vale la pena notar que esta disputa se perfila hacia el final de la mesa redonda, y que esta cierra con una intervención de Desnoes que marca más bien el fin de los intercambios y no una síntesis propiamente dicha. Apela, como es de esperar, al público que se busca en la producción cultural socialista: el pueblo. Y, también, a la necesidad de no apegarse de forma dogmática a los esquemas de análisis. El fin del texto parece invitar a una revisión que termina por abrir los problemas en vez de clausurarlos; impone un cierre de paréntesis que ofrece la chance de disparar nuevas discusiones como parte de las claves de lectura del mismo debate.

Conclusiones

He querido examinar algunas de las dimensiones socio-culturales de la práctica del debate político entre los intelectuales latinoamericanos de la década del sesenta mediante un análisis del funcionamiento de la revista *Casa de las Américas*. Al concentrarme en las propuestas editoriales emanadas de la revista he querido poner el acento en las estrategias utilizadas para textualizar espacios de discusión pública. El objetivo implícito que puede inferirse de esta decisión de revista *Casa* es ofrecer a un conjunto de lectores en el continente un modelo de debate, a la vez que orientaciones políticas a partir de la experiencia cubana. En la articulación de una política cultural marcada por el eclecticismo — pero no exenta de conflictos internos entre facciones de la intelectualidad local —, la experiencia de Cuba operó a la vez como horizonte de posibilidad y como referente obligado; en la isla del Caribe aparecían unificadas utopía y canon.

Aunque distantes en su origen, naturaleza y características formales, los textos que analicé funcionan como ejemplos de las alternativas que la revista desarrolla. Evidencian las eventuales limitaciones de presentar el debate en un medio impreso, y no agotan todas las posibilidades exploradas por *Casa de las Américas*, pues existen otras estrategias que buscan recoger el debate cultural o, derechamente, inducirlo: declaraciones, encuestas o la publicación de intervenciones realizadas en reuniones intelectuales. En consecuencia, no creo que las mesas de 1964 y 1969 agoten las modalidades de la discusión. Por el contrario, sirven de ejemplos o ventanas para pensar la práctica de la controversia, pequeños

⁵⁵ *Id., ib.*, p. 38.

laboratorios en los que podemos ver a los intelectuales del mundo de la cultura en acción. Sus contenidos registran cambios en las herramientas conceptuales que articulan la conversación, al igual que una suerte de *bajo continuo* que vuelve a ambas instancias inteligibles y las integra a un proceso histórico: la presencia incremental de la política como clave de sentido para la práctica de la reflexión y la creación. Una política que, lejos de entenderse como neutra o abstracta, manifestó una vocación por el socialismo tal y como se realizaba en Cuba. Con la isla como centro discursivo, la decisión de publicar posiciones y diferendos desde la propia experiencia revolucionaria adquirió, así, un carácter estratégico.

Matías Alfredo Marambio de la Fuente tiene Magíster (2011-2013) en Estudios Latinoamericanos, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Beca CONICYT, con la tesis: “Campo intelectual y artes visuales: Marta Traba y la formación de una crítica artística latinoamericana”. Doctorado (2015 a la fecha) en Estudios Latinoamericanos, Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, orientado por Prof. Dr. Horst Nitschack. Beca CONICYT, con el proyecto de tesis: “Comunidad en la polémica. El debate dentro de la izquierda cultural latinoamericana en los años sesenta: prácticas, conceptos y retóricas”. Contactos: matias.marambioldf@gmail.com; mmarambio@ug.uchile.cl